

OBRAS *escogidas*  
*de*  
AGUSTÍN  
DE HIPONA

TOMO III



OBRAS *escogidas*  
*de*  
AGUSTÍN  
DE HIPONA

TOMO III

· LA CIUDAD DE DIOS ·

L

J

EDITOR:  
*Alfonso Roper*



editorial die

**EDITORIAL CLIE**  
Ferrocarril, 8  
08232 VILADECALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
[www.clie.es](http://www.clie.es)



Editado por: Alfonso Roper Berzosa

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

© 2017 por Editorial CLIE

---

**OBRAS ESCOGIDAS DE AGUSTÍN DE HIPONA TOMO 3**

ISBN: 978-84-945561-3-5

Depósito Legal: B 16828-2016

Teología cristiana

Historia

Referencia: 224613

---

Impreso en España / Printed in Spain

# CONTENIDO

PRÓLOGO .....	7
INTRODUCCIÓN .....	9
<b>I PARTE. RESPUESTA Y DEFENSA DEL CULTO DEBIDO A DIOS.....</b>	<b>35</b>
<b>Libro I .....</b>	<b>37</b>
<b>Libro II .....</b>	<b>79</b>
<b>Libro III .....</b>	<b>119</b>
<b>Libro IV .....</b>	<b>161</b>
<b>Libro V .....</b>	<b>199</b>
<b>Libro VI .....</b>	<b>245</b>
<b>Libro VII .....</b>	<b>269</b>
<b>Libro VIII .....</b>	<b>307</b>
<b>Libro IX .....</b>	<b>347</b>
<b>Libro X .....</b>	<b>373</b>
<b>II PARTE. ORÍGENES Y FINES DE LAS DOS CIUDADES .....</b>	<b>421</b>
<b>Libro XI .....</b>	<b>423</b>
<b>Libro XII .....</b>	<b>463</b>
<b>Libro XIII .....</b>	<b>499</b>
<b>Libro XIV .....</b>	<b>531</b>
<b>Libro XV .....</b>	<b>571</b>
<b>Libro XVI .....</b>	<b>617</b>
<b>Libro XVII .....</b>	<b>669</b>
<b>Libro XVIII .....</b>	<b>711</b>
<b>Libro XIX .....</b>	<b>779</b>
<b>Libro XX .....</b>	<b>825</b>
<b>Libro XXI.....</b>	<b>887</b>
<b>Libro XXII .....</b>	<b>939</b>
<b>APÉNDICES.....</b>	<b>1001</b>
<b>ÍNDICE ANALÍTICO .....</b>	<b>1015</b>
<b>TÍTULOS DE LA COLECCIÓN PATRÍSTICA .....</b>	<b>1033</b>



# PRÓLOGO

## Propósito y argumento de la presente obra

La gloriosísima ciudad de Dios, que en el presente correr de los tiempos se encuentra peregrina entre los impíos “viviendo de la fe” (Hab. 2:4; 2ª Cor. 5:7), y “espera ya ahora con paciencia” (Ro. 8:25) la patria definitiva y eterna hasta que haya “un juicio con auténtica justicia” (Sal. 94:15), conseguirá entonces por premio de su virtud la victoria final y una paz completa. Pues bien, mi querido hijo Marcelino<sup>1</sup>, en la presente obra, emprendida a instancias tuyas, y que te debo por promesa personal mía, me he propuesto defender esta ciudad en contra de aquellos que anteponen los propios dioses a su Divino Fundador. Larga y pesada tarea, pero Dios es nuestra ayuda.

Soy consciente de la fuerza que necesito para convencer a los soberbios del gran poder de la humildad. Ella es la que logra que su propia excelencia, conseguida no por la humana arrogancia, sino por ser don gratuito de la divina gracia, trascienda todas las eminencias pasajeras y vacilantes de la tierra. El monarca y fundador de esta ciudad, de la que me he propuesto hablar, declaró en las Escrituras dirigidas su pueblo el sentido de aquel divino oráculo que dice: “Dios resiste a los soberbios, y da su gracia a los humildes” (Stg. 4:6; 1ª Pd. 5:5). Y con todo, este atributo que es privilegio exclusivo de Dios, pretende apropiárselo para sí el espíritu del alma soberbia, y le gusta que le digan para alabarle:

“Perdonar al vencido y abatir al soberbio”<sup>2</sup>.

---

1. Marcelino, tribuno militar y cuestor perteneciente a una familia aristocrática, amigo de Agustín, a quien le había prestado grandes servicios en sus luchas con los donatistas. Envuelto falsamente en la rebelión de Heraclio contra Roma, fue asesinado el 12 de septiembre del 413, después que Agustín, valiéndose de poderosos amigos intentara vanamente salvarlo. “Qué rectitud había en su conducta, qué fidelidad en su amistad, qué celo por la cultura, qué sinceridad en los sentimientos religiosos, qué mesura en sus juicios! °Qué paciencia tuvo con los enemigos, qué afabilidad para con los amigos, qué humildad para con los santos, qué caridad para todos, qué facilidad para hacer favores, qué cautela para pedirlos, qué estima de lo bueno, qué arrepentimiento de las faltas!” (Agustín, *Epist* 151, 6: PL 33, 649). La Iglesia católica le venera como santo y le da culto de mártir.

2. Virgilio, *Eneida* 6, 853.

Tampoco hemos de pasar por alto la ciudad terrena; en su afán de ser dueña del mundo, y, aún cuando los pueblos se le rinden, ella misma se ve esclava de su propia ambición de dominio. De ello hablaré según lo pide el plan de la presente obra y mis posibilidades lo permitan.

# Introducción

## Historia de dos amores

La historia del hombre sobre la tierra es horrenda, basta mirar las páginas que nos han dejado sus cronistas para estremecernos ante la visión de su constante flujo y reflujo de codicia y muerte, de muerte y codicia, de unos pueblos lanzados al asalto y exterminio de otros para conseguir sus tierras y sus bienes. Estados e individuos por igual rivalizan en actos de piratería y bandidaje. El genocidio corre parejo a las invasiones. A los pueblos pacíficos no se les permite vivir en paz. El progreso avanza mediante la barbarie, se inventan más armas para matar y mutilar al contrario que para trabajar y cultivar la tierra. Los castillos, las murallas, los campamentos militares preceden a las ciudades. Y todo parece condenado a repetirse cíclicamente. No hay concepto del progreso en la antigüedad sino de repetición situaciones en diferentes escenarios. La historia humana parece obedecer a un espiral de violencia sin solución. Por eso la vida del hombre es drama y tragedia, condenado por los hilos del destino a escenificar una obra de la que se siente marioneta; presa de fuerzas cósmicas contra las que no cabe la rebelión.

A este pesimismo del hombre clásico el hombre cristiano responderá que el hombre es libre y por tanto responsable; que la vida no está regida por el destino sino por la voluntad de un Dios personal; que la historia no es caos sino orden: pues, pareja a la historia del hombre empeñado en dominar a sus semejantes corre la historia del hombre que ama al prójimo por amor a Dios. Esta es la visión cristiana de la historia y la aportación particular de Agustín a la misma.

Dos sociedades, la terrena y celestial, regidas por un mismo principio de acción: el amor. No hay dualismo en la psicología social de Agustín. El sentimiento y la voluntad de amar son propios del ser humano, justo e injusto. Nada de maniqueísmo que atribuye al otro todos los odios y a sí mismos todos los amores. Lo que diferencia el amor de unos y otros es su finalidad. "Todos viven de su amor, hacia el bien o hacia el mal",

dice Agustín. Uno es egoísta, y sólo piensa en sus propios intereses, otro generoso y busca la utilidad común; uno se encauza por el arrogante deseo de dominar, otro está sometido a todos por amor a Dios; “el uno tranquilo, el otro alborotado; el uno pacífico, el otro sedicioso; el uno que prefiere la verdad a la alabanza de los que yerran, el otro que está ávido de cualquier clase de honores; el uno caritativo, el otro envidioso; el uno que desea para el prójimo lo que quiere para sí, el otro que ansía someter al prójimo a sí, el uno que gobierna al prójimo para utilidad del mismo prójimo, el otro que gobierna para su propio provecho”<sup>1</sup>.

Estos dos distintos amores fundaron dos ciudades, y cada una cultiva la manera de amar que le es propia. “Dos amores fundaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor. Aquélla solícita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: *Gloria mía, tú mantienes en alto mi cabeza* (Sal. 3:4). La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquélla ama su propia fuerza en los potentados; ésta le dice a su Dios: *Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza* (Sal. 18:2)”<sup>2</sup>.

Una al lado de otra, “andan temporalmente entremezcladas”<sup>3</sup>, pues así en el mundo como en la Iglesia el trigo y la cizaña crecen juntos, sin que sea posible separarlos hasta el último día del juicio.

Y ocurre que la verdadera historia se da allí donde el hombre es consciente de su libertad y su responsabilidad en orden a una salvación que no se funda en sí misma —pues la historia humana desnuda de la gracia es tragedia—, sino que es fundada por Dios, “nuestro último bien por el que deben desearse todos los demás bienes, y él por sí mismo”<sup>4</sup>. Por eso, el sentido de la historia del hombre “ha de buscarse en el proceso de iluminación y salvación que aporta a la naturaleza humana la liberación y restablece su libertad espiritual”<sup>5</sup>. Rechaza los dioses, dice Agustín, desprécialos, y “de un salto valeroso conquista la verdadera libertad”<sup>6</sup>.

No es vana pretensión afirmar que “el lugar donde se hace la historia es el lugar del encuentro entre Dios y el hombre, donde la palabra de

1. Agustín, *Del Génesis a la letra*, XI,15,20.

2. Agustín, *Civitate Dei*, XIV,28.

3. Agustín, *Del Génesis a la letra*, XI,15,20.

4. Agustín, *Civ. Dei*, XIX,1.

5. Christopher Dawson, *Dinámica de la historia universal*, p. 240. Rialp, Madrid 1961.

6. Agustín, *Civ. Dei*, II,29,2

Dios es escuchada y el hombre responde con su obediencia<sup>7</sup>. No otra cosa quiere significarse mediante la imagen del fuego y el infierno donde están destinadas a perecer las obras del amor egoísta y ególatra, mientras que las obras del amor a Dios “siguen” a los que las ejecutaron desinteresadamente. “Y oí una voz del cielo que decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus arduos trabajos; pues sus obras les seguirán” (Ap. 14:13).

## Obra de toda una vida

“Roma, habiendo sido asaltada y destruida por los godos bajo Alarico su rey. Los adoradores de dioses falsos, o paganos, como comúnmente los llamamos, hicieron una tentativa de atribuir esta calamidad a la religión cristiana, y comenzaron a blasfemar del verdadero Dios con mayor amargura y mordacidad de lo habitual. Fue esto lo que encendió mi celo para la casa de Dios, y me incitó a emprender la defensa de la Ciudad de Dios contra los errores y las blasfemias de sus atacantes. Este trabajo me tuvo ocupado durante varios años, debido a las interrupciones ocasionadas por muchos otros asuntos que reclamaban mi atención, y que yo no podía aplazar. Sin embargo, esta gran empresa por fin ha sido completada en veintidós libros. De éstos, los cinco primeros refutan a los que se imaginan que el culto politeísta es necesario para asegurar la prosperidad de las empresas humanas, y que todas estas calamidades aplastantes nos han acontecido a consecuencia de su prohibición.

“En los siguientes cinco libros me dirijo a los que admiten que tales calamidades nunca han faltado en ningún tiempo pasado, ni faltarán en el que está por venir, y que constantemente se repiten en formas más o menos desastrosas, variando sólo las escenas, la ocasión, y las personas sobre quienes se ciernen; pero, mientras admiten esto, mantienen a la vez que el culto a los dioses es ventajoso para la vida que nos aguarda. En estos diez libros, entonces, refuto estas dos opiniones, que son tan infundadas como ellos antagonistas a la religión cristiana.

“A fin de que nadie tenga ocasión reprocharme que aunque yo hubiera refutado los principios ajenos, había omitido exponer mi juicio propio, dedico a este objeto la segunda parte de esta obra, que comprende doce libros, aunque yo no haya vacilado, cuando la ocasión lo requería, en

---

7. C.H. Dood, *La Biblia y el hombre de hoy*, p. 163. Cristiandad, Madrid 1973.

afirmar mis propias opiniones en los diez primeros libros, así como en los doce posteriores atacó las contrarias.

“De estos doce libros, los cuatro primeros tocan el origen de dos ciudades, la ciudad de Dios, y la ciudad de este mundo. Los cuatro siguientes tratan de su historia o desarrollo; los cuatro últimos hablan del destino merecido por cada una. Y aunque estos veintidós libros se refieran a ambas ciudades, yo los he denominado por de la mejor ciudad, y los he llamado la *Ciudad de Dios*”<sup>8</sup>.

Así expone el mismo Agustín el tiempo, causa y división de su gran obra. Pero además de esta información explícita, aprendemos de su correspondencia que *La Ciudad de Dios* llegó a materializarse gracias a la importunidad de su amigo Marcelino, que reclamaba de parte de su obispo una defensa del cristianismo como sólo él podía hacerla. Flavio Marcelino era tribuno de África, enviado por emperador Honorio para mediar en la controversia católica-donatista, celebrada en Cartago en junio del año 411. Esto le puso en contacto no Agustín, pero también con Volusiano, cónsul de Cartago, perteneciente a una antigua y noble familia romana leal a sus antiguas creencias paganas, que veía con tristeza natural la decadencia del Imperio. Volusiano tenía el raro don de una inteligencia preclara y cándida. Se sentía atraído por el cristianismo, pero objetaba al misterio central de la fe, la Encarnación de Dios, que le parecía incomprensible y paradójica. También la moral del Sermón del Monte la consideraba como incompatible con el ideal romano. Con la mansedumbre evangélica, hubiera sido imposible levantar el imperio de que tanto se enorgullecían. Marcelino puso en contacto epistolar a Volusiano con Agustín, “rogando que escribiese sobre estas materias, porque sería de gran provecho para la Iglesia en este tiempo”<sup>9</sup>. Agustín respondió con cortesía, ofreciendo una respuesta inteligente a las dificultades y objeciones paganas al cristianismo. Las dificultades de Volusiano eran de corte político, histórico, y social. No podía ver cómo la aceptación de la regla de vida cristiana era compatible con los intereses de Roma, así que Agustín le animó a adoptar una perspectiva diferente, conforme a la dialéctica de las dos ciudades, la de Dios y la del mundo, sus amores e intereses respectivos.

Agustín comenzó a escribir los tres primeros libros de *La Ciudad de Dios* el mismo año de la muerte de su amigo Marcelino, el 413, a quien se la dedica. El cuarto y el quinto se publicaron en el 415 y el sexto hasta el undécimo en el 417. Otros le siguieron en el 420, los XII-XVII; el 425, el XVIII y los

8. Agustín, *Retractaciones*, II, 63,1-2.

9. Agustín, *Epist.* 136,3.

últimos en el 426. Nosotros podemos leer hoy de un tirón lo que a Agustín le costó componer doce años redondos, que fueron los años más maduros de su vida, de los cincuenta y nueve a los setenta y dos.

Lo que Agustín tiene que decir en esencia es que aunque el viejo sistema social basado en la conquista se derrumba en todos los lugares geográficos, en su lugar aparece el surgimiento de una sociedad cristiana basada en el amor y el servicio. Aunque Agustín privase al Estado de su aura de divinidad, insistió al mismo tiempo en el valor de la libre personalidad humana y de la responsabilidad moral, incluso contra el Estado, de modo que en ese aspecto “hizo posible el ideal de un orden social que descansase en la libre personalidad y en un esfuerzo común hacia fines morales” (C. Dawson).

Agustín ve que la historia humana y el destino humano no son totalmente idénticos con la historia de ningún poder terrenal, ni siquiera con el cosmopolita Imperio romano. Agustín dirige la atención de los hombres al hecho que hay otro reino sobre la tierra, una ciudad cuyo fundamento y constructor es Dios. Enseña a hombres adoptar perspectivas más profundas de historia, y les muestra cómo desde el principio la ciudad de Dios, o la comunidad del pueblo de Dios, ha vivido al lado y en medio de los reinos de este mundo y su gloria, y silenciosamente ha aumentado. Demuestra que la superior moralidad, la verdadera doctrina, el origen divino de esta ciudad, le asegura el éxito; y contra esto, él representa las teorías inadecuadas y contradictorias de los filósofos paganos, y la baja moralidad del pueblo.

El antagonismo entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre se remonta a los orígenes de la creación de seres inteligentes y se extiende hasta la consumación de todas las cosas o juicio final. La obra de Agustín es el primer esfuerzo verdadero de una filosofía de historia. Expone los acontecimientos históricos en conexión con sus verdaderas causas. El efecto producido por este gran trabajo es imposible de determinar con la exactitud. Su popularidad ha sido muy grande a lo largo de los siglos, y ha sido colocada entre la lista exclusiva de los libros más importantes de todos los tiempos.

“Las líneas fundamentales de la teología agustiniana son expuestas en una forma comprensiva e interesante. Nunca ha sido expresado en lengua tan popular un pensamiento tan abstracto. Agustín expone problemas metafísicos con la facilidad desenvuelta de Platón y con la exactitud y agudeza de Cicerón. Nunca está nunca más en su propio ambiente que exponiendo la incompetencia de neoplatonismo, o demostrando la armonía de doctrina cristiana y la verdadera filosofía. Y aunque en la *Ciudad de Dios*, como en todos los libros antiguos, hay cosas que nos parecen

infantiles y estériles, hay también las anticipaciones más sorprendentes de la especulación moderna. Hay una comprensión firme de aquellos problemas que continuamente reaparecen en la historia, porque son la base de la relación del hombre con Dios y con el mundo espiritual, problemas que son peculiares a todo siglo<sup>10</sup>.

## Influencia de *La Ciudad de Dios*

Giovanni Papini llamó a *La Ciudad de Dios* un *libro-floresta*, o sea, árbol de generosa sombra y abundantes frutos, donde cada cual, según su interés particular, puede sacar lecciones de historia, de filosofía, de antropología, de exégesis bíblica, de profecía, de demonología, de psicología, de derecho, de crítica social. Se asemeja a un organismo viviente porque vive y crece con los siglos, impulsando, iluminando y actuando en la cultura<sup>11</sup>.

Después de casi dieciséis siglos Agustín sigue inspirando a teólogos y literatos por igual. Prueba de ella la reciente novela de Edgar L. Doctorow, titulada precisamente *La ciudad de Dios*<sup>12</sup>, en busca de una clave metaliteraria que dé cuenta de la raza humana, tomando así el testigo que dejara Agustín.

No que *La Ciudad de Dios* sea un libro infalible, ni mucho menos, antes bien, "tiene sus faltas; pero nos introduce con eficacia al más influyente de los teólogos, al más popular de los maestros; a un genio que no deja de sorprender; a uno cuya dialéctica es más formidable, más penetrante y el crítica que la de Sócrates o Aquino; a uno cuyo sentimiento ardiente y piedad de santo genuino se desborda en la argumentación más severa; a un hombre cuya bondad e ingenio, simpatía universal y amplitud de miras, prestan a la mayor parte de la disertación abstracta un sabor fuerte y vital"<sup>13</sup>.

Estamos plenamente de acuerdo en que "hoy tendría que escribirse nuevamente la portentosa obra de San Agustín, pues la historia va creciendo, nuestro horizonte científico y teológico se ensancha, se refinan nuestros métodos"<sup>14</sup>, pero téngase en cuenta que Agustín no estaba interesado en desempeñar el papel de historiador en el sentido ordinario,

10. Marcus Dods, Prefacio a la traducción inglesa. Edimburgo 1871.

11. Eugenio d'Ors, *La ciencia de la cultura*. Rialp, Madrid 1964.

12. E. L. Doctorow, *La ciudad de Dios*. Muchnick, Madrid 2002.

13. Marcus Dods, *op. cit.*

14. Antal Schütz, *Dios en la historia*, p. 183. Stvdivm, Madrid 1949.

sino de discernir la significación espiritual y moral de los fenómenos y acontecimientos históricos con vistas a la dispensación evangélica, frente a los impugnadores paganos del cristianismo. Por eso, aunque Agustín no fue un historiador cristiano, como Eusebio, por ejemplo, “su trabajo produjo efectos mucho más revolucionarios en el mundo occidental. En primer lugar inculcó a los historiadores cristianos su concepto de la historia, es decir, el proceso dinámico en que se realiza el propósito divino. Después explicó a los hombres las razones de que la personalidad individual sea la fuente y el eje del proceso dinámico. Finalmente, logró que la iglesia occidental tuviera plena conciencia de su misión histórica y llegara a los siglos subsiguientes a constituirse en el principio activo de la cultura occidental”<sup>15</sup>.

Agustín es ante todo un pastor, su mira está puesta en la cura de almas. De ahí algunas digresiones que pueden molestar al historiador profesional, como, por ejemplo cuando dedica varios capítulos a consolar le desgracia de las mujeres violadas y a defender su honor. “Me he detenido algo, principalmente para consolar a las santas mujeres que practicaban una piadosa castidad, víctimas de violencia y ultraje”<sup>16</sup>.

Pero buscando responder a los contradictores y consolar a los sufrientes, Agustín puso en manos del pueblo cristiano la primera y única filosofía de la historia conocida en Europa durante la Edad Media. Carlomagno solía dormir con un ejemplar de la obra debajo de su almohada. *Filosofía* de la historia entendiendo la palabra “filosofía” en un sentido amplio y moral, como “sabiduría cristiana”<sup>17</sup> que discierne la intención de Dios en la historia del género humano.

El esquema de Agustín fue adoptado y reproducido en sus características esenciales por Bossuet, Ozanam, Frederick Schlegel, y otros escritores e historiadores católicos modernos como Christopher Dawson; Henri-Irénéé Marrou<sup>18</sup>; Antel Schütz<sup>19</sup>; Jacques Martiain<sup>20</sup>; Etienne Gilson<sup>21</sup>; Josef Pieper<sup>22</sup>. León XIII publicó una carta encíclica sobre la *Constitución Cristiana de los Estados*, donde el papa dice que Agustín en su *Civitate Dei*, “expuso claramente y con eficacia la sabiduría cristiana y el modo de su relación con el bienestar de las naciones, que parece haber

15. C. Dawson, *op. cit.*, pp. 183.-184.

16. Agustín, *Civ. Dei*, II,2.

17. Cf. F. Copleston, *Historia de la filosofía*, vol. 2, p. 91. Ariel, Barcelona 2000, 4ª ed.

18. Henri-Irénéé Marrou, *Teología de la historia*, Rialp, Madrid 1978.

19. Antel Schütz, *Dios en la historia*. Stvdivm, Madrid 1949.

20. Jacques Martiain, *Filosofía de la historia*. Ediciones Troquel, Buenos Aires 1960.

21. Etienne Gilson, *Las metamorfosis de la Ciudad de Dios*. Troquel / Rialp, Madrid 1968.

22. Josef Pieper, *El fin del tiempo*. Herder, Barcelona 1984.

defendido la causa de los cristianos de su propio tiempo no solamente, sino también refutar victoriosamente para siempre las acusaciones faltas contra el cristianismo<sup>23</sup>.

Por eso, a la larga nómina de teólogos, filósofos e historiadores católicos, hay que sumar la de protestantes como Waterland, Milman, Neander, Bindemann, Pressensé, Robert Flint<sup>24</sup> y A.M. Fairbairn<sup>25</sup>.

“Lo que fue Orígenes para la ciencia teológica de los siglos III y IV, ha sido Agustín, aunque de un modo más puro y eficaz, para toda la vida de la Iglesia universal a través de los siglos hasta nuestros días. Su influencia se ha dejado sentir no sólo en la filosofía, teología, moral y mística, sino también en la vida social, en la política eclesiástica, en el derecho civil; en una palabra, fue el gran artífice de la cultura occidental del Medioevo<sup>26</sup>.”

## Causas de la caída de Roma

San Agustín deja mucho que desear como historiador, pues es que él nunca pretendió serlo. Como bien dice el profesor Shotwell, “Agustín utilizaba la historia, no la escribía<sup>27</sup>”. Escribió su *Ciudad de Dios* como respuesta a los que afirmaban que la caída de Roma en poder de los godos eran debidos a la falta de respeto a los dioses de Roma. Para ello echó mano del saber arqueológico de Varrón, el examen de religión y filosofía hecho por Cicerón, el epítome de Tito Livio para el ascenso de Roma y el sombrío relato de Salustio acerca de una sociedad romana decadente. De este arsenal saca sus argumentos, no tanto sobre lo que los hombres han hecho como lo que habían creído, en virtud de lo cual les habían ocurrido las cosas. Como ya dijimos, la obra de Agustín es propiamente una filosofía de la historia ricamente ilustrada. Recorre la literatura buscando el episodio que necesitaba para el momento, de igual modo que un orador enriquece su discurso con ilustraciones o refuerza las pruebas mediante testimonios.

Agustín acomete la magna empresa de *La Ciudad de Dios* para callar la boca de los últimos paganos que acusan a los cristianos de ser los causantes de la ruina del imperio por su obstinada negación a rendir culto a los dioses ancestrales que hicieron grande a Roma. Una vieja acu-

23. Leon XIII, *Immortale Dei*, Nov. 1, 1885.

24. Robert Flint, *The Philosophy of History*. T & T Clark, Edinburgo 1874.

25. A.M. Fairbairn, *The City of God*. Hodder and Stoughton, Londres 1902, 7ª ed.

26. B. Altaner, *Patrología*, p. 400. Madrid 1962, 5ª ed.

27. James S. Shotwell, *Historia de la historia en le mundo antiguo*, p. 390. FCE, México 1982, 2ª ed.

sación contra la nueva fe a menudo se había saldado con la persecución de los cristianos. El proverbio vulgar decía: “No llueve, la culpa es de los cristianos”, y mientras el cristianismo fue una religión ilícita, era fácil convertirlo en chivo expiatorio de todas las desgracias. Pero desde el momento que la Iglesia salió de las catacumbas y se hizo presente en el foro de la discusión pública, el debate se desarrolló entre iguales sin verse obligados a guardar silencio. Antes de Agustín, el obispo Ambrosio de Milán dice irónicamente dirigiéndose a sus contradictores: “Decís que los dioses han salvado a Roma de Aníbal y de los galos, pero fueron los gansos los que, con sus graznidos, despertaron a los guardias del Capitolio, y ¿por qué se entretuvieron tanto los dioses en las guerras púnicas? Si se hubiesen decidido a salvar a Roma antes de la batalla de Cannas, ¡cuántas víctimas no se hubieran ahorrado!”.

Cansado Agustín con las quejas y lamentos de los acusadores del cristianismo no descansó en ofrecerles una respuesta exhaustiva, que es a la vez una magistral lección de historia, psicología, política, denuncia social, lógica, ironía, humor y refutación de todo lo que los paganos decadentes tenían por encomiable, el culto a los dioses, el teatro y los juegos escénicos, los augurios, la astrología.

Como en los viejos tiempos, en esta ocasión también los cristianos fueron acusados de las calamidades que sobrevinieron al Imperio. Historiadores recientes han hecho ver el problema económico de base, la complacencia con un sistema productivo basado en la actividad de los esclavos, con la consiguiente división de clases antagónicas. El aumento de la esclavitud mediante frecuentes guerras determinó que no se liberaran nuevas fuerzas productivas a un nivel suficiente para una transformación radical de la sociedad. Los extremos de riqueza y de pobreza se hicieron más marcados, el mercado doméstico se debilitó, y la sociedad antigua sufrió una disminución de la producción, del comercio y de la población. Con abundancia de mano de obra barata, esclavos principalmente, pero también campesinos oprimidos o incluso reducidos a la servidumbre, la innovación técnica se paralizó “En estos fenómenos y, lo que es igualmente importante, en el clima mental que crearon, es donde debemos buscar las causas primarias de la decadencia y la caída del Imperio romano”<sup>28</sup>. Muchos campesinos acogieron a veces con alivio la llegada de invasores bárbaros, que los liberaban de la tremenda presión social y económica del declinante sistema imperial<sup>29</sup>.

---

28. F.W. Walbank, *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio romano en Occidente*, p. 138. Alianza Editorial, Madrid 1978.

29. Cf. Chester G. Starr, *Historia del mundo antiguo*, p. 758. Akal, Madrid 1974.

Es a lo que apunta Agustín implícitamente a lo largo de su escrito. Basta una muestra el texto que cita del historiador Salustio: "Empezaron entonces los patricios a someter a servidumbre al pueblo, a disponer tiránicamente de sus vidas, a cargar sus espaldas, a arrojarlos de sus campos, a acaparar todo el poder ellos solos, con exclusión de los demás"<sup>30</sup>. Esto es suficiente para que el obispo africano viera con ojos escépticos los tiempos gloriosos de la antigua república romana. Y como los males sociales se agravaron en lugar de aligerarse, la inteligencia cristiana de Agustín no puede extrañarse de la caída de una sociedad fundada sobre la injusticia y la opresión de unos pocos sobre muchos.

A lo que habría que añadir que el Imperio romano no perdió su vitalidad por culpa de la fe cristiana, sino que cuando el cristianismo se hizo cargo de él llevaba siglos herido de muerte, y está por ver lo que hubiera sido de él de haber aceptado la fe cristiana en momento que todavía ser salvo. "Sus propios escritores no vacilaron lo más mínimo en decir y en consignar por escrito que el Estado romano, a causa del grado sumo de corrupción moral de la sociedad, había sucumbido y nada quedaba de él antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Ésta enorme pérdida no se la imputan a sus dioses quienes, en cambio, sí la achacan a nuestro Cristo"<sup>31</sup>.

La ciudad de Roma, concretamente, cayó por las intrigas palaciegas. Sabiendo Alarico de la muerte, el asesinato mejor dicho, del general Estilicón, a quien temía por las derrotas que le había infligido, se atrevió a sitiar la ciudad con vistas a saquearla. La Roma eterna parecía inexpugnable debido a su perímetro amurallado de treinta y cinco kilómetros y su población de más de un millón de habitantes, ante un contingente de setenta mil guerreros godos, a los que se habían ido uniendo esclavos de raza teutónica y alanos. No disponiendo de medios suficientes para tomarla al asalto, Alarico se contentó con aislarla del mundo exterior. Ante el hambre que amenazaba a la población el Senado optó por negociar con el enemigo y aquí se presentó la ocasión de los paganos para levantar cabeza y pedir la vuelta del culto a dioses. El prefecto solicitó del papa Inocencio I permiso para ofrecer sacrificios paganos con objeto de tranquilizar a las masas. El débil sucesor de Dámaso consintió, a condición de que las ceremonias se celebrasen a escondidas, lo que las despojaba de todo valor propagandístico<sup>32</sup>. Finalmente, las autoridades municipales senatoriales, sin noticias del emperador, resolvieron capitular. El Senado

30. Agustín, *Civ. Dei*, II, 18,1; III,17,1.

31. Agustín, *Civ. Dei*, II,25,2.

32. Alexandre de Saint-Phalle, *De San Pablo a Mahoma*, p. 171. Ediciones Castilla, Madrid 1962.

se componía casi exclusivamente de un centenar de familias patricias que poseían una cuarta parte del suelo italiano, además de bancas, navíos y bienes en el mundo entero. Después los acontecimientos se precipitaron confusamente y las tropas godas se precipitaron por la puerta Salaria sellando el destino de la ciudad.

Despojada de sus riquezas, asesinados, humillados y esclavizados sus prohombres, todo fue a parar a manos de una banda de saqueadores. “Para un bárbaro estas mieses?” (*Barbarus, has segetes?*), se pregunta Claudiano desesperado. Parecía cumplirse el vaticinio del ángel del Apocalipsis: “Caída es, caída es la grande Babilonia; y es hecha habitación de demonios, cobijo de todo espíritu inmundo y manida de toda suerte de aves sucias y aborrecibles” (Ap. 18:7).

Durante tres días Roma fue testigo de un saqueo sistemático, acompañamiento abominable a lo largo de la historia de toda guerra de conquista. Los godos eran cristianos —por decir algo— de confesión arriana, pero para el caso se comportaron según los bárbaros usos y costumbres de la guerra, semejantes a los practicados por los mismos romanos con otras poblaciones, como Agustín se encarga de señalar. Roma estaba sufriendo en sus carnes lo que había hecho sufrir en otras carnes. Por ese cierto sentido y temor cristiano los hombres de Alarico respetaron algunas iglesias consideras lugar sagrado, en especial las que llevaban el nombre de los grandes apóstoles, como las basílicas de Pedro y Pablo. Alarico dio la orden de mostrar clemencia a cualquier romano que se refugiase en lugares consagrados a Cristo.

Los desgraciados habitantes romanos que lograron escapar a otras regiones no corrieron mejor suerte. Nadie respeto su dolor ni su desdicha. Pese a sus andrajos fueron forzados a entregar todo lo que tuvieran de valor, y como lo que tenían era poco, familias enteras fueron separadas por tratantes de esclavos sin escrúpulos que escogían lo más florido de la juventud de las viejas familias patricias para los inmundos burdeles de Oriente. Algunos de los más ilustres nombres de Roma fueron sacados a subasta y ofrecidos a mejor postor en los mercados de Cartago, en el norte de Africa, donde Agustín era obispo.

En Belén, donde nació Cristo y Jerónimo había levantado un convento, hallaron refugio y consuelo los desterrados hijos de Roma. Fueron vendadas sus heridas, cubiertos sus cuerpos, alimentados con miel suave, pan, frutas secas y agua fresca y consolados en su desesperanza. Se puede decir que al abrigo de Belén vivió una nueva Roma, aquella hermana-da por los lazos de la fe en Cristo.

“Profunda verdad —dice Jerónimo— entraña la sentencia: Todas las cosas nacidas mueren; y envejecen todos los seres que tuvieron creci-

miento. ¿Quién iba a creer que Roma, construida y engrandecida sobre las victorias del universo mundo, se derrumbase y despeñase, y que ella, que fue madre de sus pueblos, fuera también su sepulcro? ¿Quién iba a decir que, día tras día, la santa Belén acogería como mendigos a grandes y personajes de uno y otro sexo, que antes chorreaban riquezas? Nosotros, por nuestra parte, ya que no nos es posible darles a todos socorro, tomamos buena parte de su duelo y mezclamos nuestras lágrimas con sus lágrimas<sup>33</sup>.

Menos teatral que Jerónimo en la expresión de su sentimiento, Agustín fue igualmente explícito en la lamentación por la caída de Roma como una gran calamidad: y mientras no vacila en atribuir su desgracia a los modales libertinos, la codicia, y el orgullo de sus ciudadanos, a Agustín no le abandona la esperanza que mediante una vuelta al modo simple, robusto, y honorable de vida que caracterizaron a los tempranos romanos, Roma todavía podía ser restaurada a su prosperidad anterior. Cuando Agustín contempla las ruinas de la grandeza de la Roma, siente en común con el resto del mundo, la inestabilidad de los imperios, de lo cual la historia ofrece testimonio abundante. Pero va más lejos que sus contemporáneos y contempla cómo se cierne sobre estas ruinas la visión espléndida de la *Ciudad de Dios*, “bajada del cielo, adornada como una novia para su esposo”.

El saco de Roma impresionó más a la literatura que a la política militar. En el orden religioso fue el foco de la polémica pagano-cristiana sobre el papel de los dioses en el destino de las naciones. La caída y ruina de Roma se atribuyó a los cristianos y a su Dios, que se había mostrado impotente para defender la ciudad y sus moradores. “Las gentes de aquel siglo —escribe Lorenzo Riber—, hechas a juzgar de la verdad de una creencia por sus provechos materiales, se hallaron con el problema de las dos religiones; que se disputaban en la abatida Roma, no ya la hegemonía, sino la exclusividad<sup>34</sup>. Para los paganos era claro que “Roma pereció bajo el imperio de los cristianos, luego esta catástrofe no puede ser imputada sino a Cristo”.

El desenlace brutal de los acontecimientos no dejaba lugar para huidas metafísicas. Alarico había borrado prácticamente a Roma de la faz de la tierra. En la catástrofe anduvieron envueltos por igual paganos y cristianos; éstos no fueron tratados por el invasor, de fe cristiana también, con mayor comedimiento que los idólatras. Con excepción de los cristianos

33. Jerónimo, *In Ezech.* lib. III.

34. Lorenzo Riber, “Introducción” a *La ciudad de Dios*, de San Agustín, Ed. Alma Mater, Barcelona 1953.

que se habían cobijado al amparo de las basílicas de San Pedro y San Pablo, y de los paganos que habían entrado en ellas, todos indistintamente sufrieron despojos, violaciones, torturas y muertes; los templos de los unos y las iglesias de los otros se entregaron al poder destructor de las llamas; y los ministros y sacerdotes de una y de otra religión fueron llevados a la cautividad.

## La visión y el consuelo del pastor

Agustín, obispo de la pequeña diócesis rural de Hipona, casi ignorada en la gran colonia africana, fue sin embargo, por la capacidad de su intelecto y la bondad de su corazón para hacer el bien a todos, el solicitado por todos para aquietar las espíritus confusos por los terribles acontecimientos que se habían abatido sobre ellos. Agustín se propuso mostrar a todos la miseria de la vida presente, con todos sus logros y gozos —siempre más para unos que para otros, o lo que es lo mismo, de unos pocos a costa de muchos—, y les alentó a poner los ojos en la verdadera ciudad eterna, la ciudad de Dios, la Jerusalén celestial.

Hoy, gracias a su ingente obra teológica y espiritual, Agustín e Hipona parecen llenar todo el escenario cristiano, como si no hubiera existido en su tiempo y en su área más obispo que Agustín y más diócesis que Hipona. Pero lo cierto es que en aquellos días se contaban más de quinientos obispos, entre donatistas y católicos. Si Agustín los superó a todos fue por la nobleza de su carácter moldeado en la escuela de Cristo, lo que, lamentablemente, no se puede decir del resto, según el testimonio de muchos autores. No siempre la profesión de fe en Cristo a ido acompañada del debido seguimiento de una vida generosa en los frutos del Espíritu de Cristo.

La obra de Agustín, como la de los grandes héroes de la fe, queda no así la ciudad a la que va asociada su nombre, Hipona la Real, como se llamaba en sus días. Le sucedió la actual Bona, situada a media legua del emplazamiento de la vieja ciudad episcopal. Son los hombres los que hacen grandes y dignos los lugares. Pequeña en importancia, la iglesia de Agustín, cátedra y sede su magisterio y servicio a los fieles, era llamada Basílica de la Paz, por la naturaleza que su pastor imprimió a la misma. Bien dice la Escritura, que los buenos pastores son un don del cielo.

A aquél rincón llegaron las amargas noticias de la destrucción de Roma, gloria de la civilización y sede de una de las grandes iglesias de la cristiandad. La fe vacilante, acuciada por la crítica mordaz de los pa-

ganos, tropezaba una y otra vez en aquella enorme piedra de escándalo. Para salir al paso de la perplejidad de su pueblo, Agustín predicó su famosísimo sermón *De Urbis excidio* (De la destrucción de la ciudad de Roma) germen de su obra maestra, *La ciudad de Dios*. En él decía, resumiendo las objeciones de los detractores de la fe:

“Leemos en Génesis que Abraham pregunta al Señor si, en el caso de que hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonará la ciudad por causa de ellos, o si la perderá envolviéndolos a todos en común perdición; y si hallare cuarenta, treinta, o veinte, o incluso no más de diez [...] La objeción que se nos impone es esta: ¿Pues qué, no había en toda Roma siquiera cincuenta justos? ¿En tan grande número de fieles cristianos, en número tan grande de mujeres religiosas, de varones continentales, en tan grande número de siervos y de siervas de Dios no pudieron hallarse cincuenta justos, ni cuarenta, ni treinta, ni veinte, ni diez? ¡Es increíble!”

Dios, responde Agustín, cuenta los justos con aritmética divina, no con aritmética humana. Cierto, Dios no intervino a favor de la ciudad de Roma, pero ésta no pereció al modo de Sodoma. A Sodoma no la perdonó; a Sodoma la perdió; el fuego acabó por completo con Sodoma. De Sodoma no se evadió nadie; no quedó hombre; no quedó bestia, no quedó en Sodoma pared ninguna de pie; el fuego toda la consumió. De la ciudad de Roma muchos salieron y muchos volverán; muchos quedaron en la ciudad y fueron salvos; muchos se acogieron en lugares santos y no pereció un cabello de su cabeza.

Pero también muchos fueron conducidos a cautividad, continúa el objetor. A lo que responde Agustín: También Daniel fue llevado cautivo, no para suplicio suyo, sino para consuelo de los que fueron con él. Muchos murieron, sí, como mueren los profetas y los justos desde el principio del mundo.

“Yo quisiera, hermanos míos, que vuestra caridad entendiera bien lo que digo. Ojalá pudiésemos contemplar con nuestros ojos las almas de los santos que en esta guerra gótica encontraron la muerte. Entonces verais cómo Dios perdonó la ciudad. Millares y millares de santos están en lugar de refrigerio; millares y millares se regocijan y dicen: Gracias a Ti, Dios nuestro, porque nos eximiste de las molestias de la carne. Gracias a Ti, porque ya no tememos ni a los bárbaros ni al infierno; no tememos en la tierra hambre, no tememos granizo, no tememos enemigo, no tememos lictor, no tememos opresor, fallecimos en la tierra, pero en tu acatamiento no somos ya fallecedores; en salvo estamos en tu reino, por dádiva tuya, no por mérito nuestro.

“Sí, Dios perdonó a la ciudad, la ciudad está en los moradores, no en las paredes materiales. Dios perdonó a la ciudad, porque la ciudad ha-

bía emigrado de sí misma y había esquivado los daños de aquel fuego. Emigraron quienes se evadieron; emigraron los que salieron de su cuerpo; muchos que en la ciudad estaban se mantuvieron escondidos; otros muchos, en lugares santos, salvaron la vida. Corrección ha sido de la mano de Dios y no perdición. Ni más ni menos que el esclavo que conoce la voluntad de su dueño, si hace cosas merecedoras de castigo, recibirá un buen golpe de azotes.

“Por todos lados se oye decir: Roma fue destruida en tiempos cristianos; ha perecido en plena práctica del culto de Cristo. Y Troya, de quien Roma ha salido, ¿no pereció también, como Roma ahora, en medio de llamas y en pleno culto de los dioses falsos? Roma ha sido incendiada en días cristianos. Sí; pero lo fue más veces en los días del paganismo. Los galos la prendieron fuego y acamparon todo un año encima de sus cenizas. Un desgraciado azar hizo que Roma ardiese el año 700 de su fundación. Y Nerón le pegó fuego por solazarse con ver el bárbaro triunfo de las llamas. ¿La religión cristiana es responsable también de esta conflagración neroniana?

“¿Qué fue lo que ardió en el incendio de Roma? Piedras, maderas, edificios, murallas, cosas, en fin, combustibles y perecederas. Unos hombres habían colocado en orden piedras sobre piedras; otros hombres las han derribado. ¿Qué se colige de esta eventualidad? La que ardió, pues, era una Roma postiza, material, perecedera, como toda obra humana. La verdadera y auténtica Roma está en la colectividad moral de los romanos; y ésta vive y seguirá viviendo, si los romanos no blasfeman de Dios vivo y no ponen su confianza en divinidades de madero o de mármol.

“No cesan las lamentaciones por las crueldades de los godos. Pero, ¿acaso no fue Alarico el más clemente de los invasores? Respetó a las iglesias; libró a los romanos empavorecidos y apiñados en la tumba de los mártires. ¿Cuándo se había visto cosa semejante? Alarico mató, sí; pero fuera del ámbito de las basílicas. Ser instrumento y azote de la ira de Dios fue su indeclinable misión providencial.

“No faltan entre nosotros quienes dicen: Los cuerpos de san Pedro, de san Pablo, de san Lorenzo y de tantos otros mártires están enterrados en Roma; y Roma ha sido profanada y devastada. Quienes dicen tal cosa, ¿son cristianos? Si son cristianos, debieran decir: El Señor lo quiso. Reconoce, cristiano, tu dignidad; no fuiste creado para ocupar la tierra, sino para ganar el cielo.

“Muchos de los nuestros se han visto envueltos en calamidades. Pero es que estos menguados cristianos no supieron decir: Bendeciré al Señor en todo tiempo. Si en medio de sus tribulaciones no blasfemaron, salieron del horno y del crisol, purificados y labrados como vasos escogidos,

colmados de las bendiciones del cielo. Por lo que toca a quienes blasfemaron y que no respiran sino por cosas terrenales, una vez que las han perdido, ¿qué les queda? Nada por fuera, nada por dentro. Se quedan con los puños llenos de aire, y más llena de aire sus almas.

“Vosotros os quejáis de vuestras tribulaciones y de vuestras amarguras, os decís: ¡Ved cómo todo parece bajo el poder del cristianismo! ¿Qué sentimiento inspira esas lamentaciones? ¿Dios no prometió que todo esto no perecería; eterno como es, prometió cosas eternas. Bendecirle por el bien, y por el mal blasfemarle, es hacer como el alacrán que muerde por la cola. Si ha perecido la ciudad que nos engendró carnalmente, la que nos engendró en espíritu subsiste; y ésta es aquella cuya sola existencia importa y cumple para quienes profesan el cristianismo.

“Y decidme. ¿No fue por reverencia a Jesucristo que los bárbaros perdonaron a estos romanos, ahora hostiles al nombre de Jesucristo? Escogieron las basílicas más capaces para poner más gente a buen recaudo. Rómulo, el propio fundador de Roma, fundó no más que un angosto asilo; Alarico señaló dos; en ellas se pusieron a salvo los romanos, que luego habían de reedificar a Roma.

“Pero ¿y las matronas cristianas, deshonradas? ¿Y las vírgenes veladas que sufrieron el más vil de los ultrajes? ¿no tuvo Dios cuidado de los suyos? ¡La entereza de sus esposas fue atropellada por la brutalidad de los bárbaros! Fue así, pero yo os digo en verdad, estas mujeres quedaron puras a los ojos de Dios, malogrando los atentados de los hombres; y quienes sufrieron violencia, no incurrieron en la culpa de Lucrecia; porque a la desgracia que les afligió, no unieron el crimen del suicidio. Y ahora vengan a agruparse en derredor de este púlpito, todos los que sienten el amor del Paraíso, lugar de reposo, lugar de seguridad, lugar de perpetua felicidad, donde el bárbaro ya no es de temer”<sup>35</sup>.

## El paganismo agonizante

Agustín hace constante referencia a sus adversarios, los interlocutores literarios de su obra. ¿Quiénes son? Indudablemente los representantes del paganismo decadente, que habían pasado de perseguidores a perseguidos, de protegidos del Estado, a desposeídos por el mismo.

La conversión de Constantino marcó el principio del fin del culto pagano, ya desacreditado. Sólo la breve reacción de Juliano, llamado el

---

35. Agustín, *Sermo de persecutione barbarica*, 7, 9.

Apóstata (361-363), pareció devolver el espíritu de vida a sus huesos secos. Empresa fútil, muerta con la muerte de su protagonista y mecenas. A partir de Juliano los emperadores fueron consolidando el cristianismo hasta declararlo religión oficial del Imperio. Teodosio el Grande (379-395), tradujo en términos legales el combate al paganismo a finales del siglo IV, prohibiendo enérgicamente en el año 392 los ritos paganos y la destrucción de santuarios venerados por los paganos, como el de Serapis de Alejandría y el de Celeste de Cartago, dando lugar a verdaderos actos de intolerancia religiosa por parte de los cristianos. También se dieron enfrentamientos como el del año 399, cuando los cristianos derribaron la estatua de Hércules que se encontraba en la plaza de una colonia norteafricana, los paganos reaccionaron acorralando a los cristianos en el estadio y asesinando sesenta de ellos. Se prohibieron también los sacrificios públicos y privados y la práctica de la *haruspicina* o adivinación. Sin embargo, sólo hasta el largo reinado de Justiniano (527-565), podemos hablar de una verdadera desaparición del paganismo.

Los sacerdotes y fieles de los cultos paganos no se replegaron fácilmente, aunque el temor a las represalias imperiales les llevó a jugar el papel de eternos descontentos, acechando cualquier circunstancia favorable para culpar a los cristianos de los males del Imperio. Tal fue el caso de la toma de la ciudad de Roma por Alarico en el año 410.

Pero los sacerdotes paganos se equivocan. Sus dioses son impotentes ahora y lo han sido siempre. En realidad, lo que ellos consideran dioses son demonios, "espíritus inmundos, que con el nombre de dioses engañan a la gente"<sup>36</sup>. La religión cristiana, dice, "es la única y verdadera que ha puesto en claro que los dioses de los gentiles no son sino demonios impuros"<sup>37</sup>. Rechaza los dioses, dice, desprecíalos, y "de un salto valeroso conquista la verdadera libertad"<sup>38</sup>.

Otro sector enemigo del cristianismo era el de los *mathematici*, o astrólogos. La astrología fue desde el principio combatida por los apologistas cristianas, que veían en ella negación a lo que había de más digno en el hombre: su libertad y responsabilidad. Bajo Valentiniano (364-375), los astrólogos fueron reprimidos con graves penas, incluida la pena capital. Este sector, además, estaba relacionado con los adivinos, supersticiosos y encantadores, a quienes Agustín fustiga en *De divinatione daemonum* (406-408), aparte de en sus habituales sermones y labores pastorales. Para Agustín el individuo depende de la gracia de Dios y actúa por libre

---

36. Agustín, *Civ. Dei*, II,4.

37. Agustín, *Civ. Dei*, VII, 33

38. Agustín, *Civ. Dei*, II,29,2

voluntad, pertenece a un orden completamente diverso del de la naturaleza física regida por astros o cualquier otro tipo de determinismos.

En las páginas de *La Ciudad de Dios* también aparece otro grupo contradictor del cristianismo: el de los amantes de las representaciones teatrales, celebrados en honor de los dioses. Agustín utiliza toda la dialéctica de la que es capaz para demostrar que en lugar de ser una honra a los dioses que homenajean, es una verdadera revelación de su deshonor y naturaleza demoníaca.

Cristo, viene a concluir Agustín, promete la vida eterna y por ello el mundo acude a Él y cree en Él, lo que es motivo de indignación para los paganos; pero también admiración y estupor, ¿por qué, pues, no bajan las armas, y se rinden a Cristo para su libertad?<sup>39</sup>

Agustín es consciente que la lucha contra el paganismo es ardua y difícil, pues se libra en el interior de cada cual y no gana con la destrucción de los símbolos visibles del culto idolátrico. Entre los años 408 y 410, se dirige a los habitantes de Madaura (Numidia) y confiesa: “Con gran dolor conozco el supersticioso culto que tributáis a los ídolos. Habéis cerrado sus templos con más facilidad que los corazones, o mejor dicho, sé que tenéis los ídolos en el corazón más que en los templos”<sup>40</sup>. Por eso la persistencia del culto pagano sobrevivió a la simple destrucción de ídolos a través de un proceso de asimilación, en donde la superstición y la devoción a los santos empezó a jugar un papel especial característico del catolicismo popular, presente en los días de Agustín como honra a la memoria de los santos. Los paganos, sin embargo, lo veían de otra manera, y lo creían muy similar a su culto a los dioses. Agustín clarifica: “Ellos [los paganos] construyeron a tales dioses templos, dispusieron aras, instituyeron sacerdotes, ofrecieron sacrificios, y nosotros ni construimos templos a nuestros mártires como si fueran dioses, sino monumentos como a hombres muertos, cuyo espíritu vive con Dios; ni les erigimos allí altares en que sacrifiquemos a los mártires, sino al único Dios de los mártires y nuestro. Y en ese sacrificio se les nombra según el orden y lugar que les corresponde, como hombres de Dios que vencieron al mundo confesando su fe; pero no son invocados por el sacerdote que ofrece el sacrificio. Ofrece el sacrificio, en efecto, al mismo Dios, no a ellos, aunque lo haga en sus monumentos, ya que es sacerdote de Dios, no de ellos”<sup>41</sup>.

39. Agustín, *Civ. Dei*, X,27.

40. Agustín, *Ep.* 232,1.

41. Agustín, *Civ. Dei*, XXII,10.